



Historias Minimas

JOSÉ VICENTE NOBOA

El padre de Bastet alardeaba de cosas inauditas, algo así como que era «el Gran Gato que inauguró el árbol Yeshed en la Urbe del Sol» y demás cosas que dejaba a sus idólatras anonadados. Entonces presentó a su hija y enseguida comprendieron.

Era ciudad Beni Hassen, tres milenios antes de que un imberbe carpintero se machucase y le recomendaran curar las heridas con el polvo de sus propias uñas. Era ciudad Saqqara, muchísimos tratantes de madera entablaban la edificación del enorme cementerio. Que ni se te ocurra despellejar un felis lybica en tu barrizal; su maullido solo puede ser embalsamado en la posteridad de las copas ideales. Trescientos mil esqueletos, uno cada dos devotos complacidos en la vista de Bastet, dilatada, gallarda y punzante.

Qué materia aprendería el intrépido ebanista al repasar los vestigios de aquella fiesta alunada, es un misterio propio de los Kem que arropó en su pubertad.

O me equivoco.

Porque también quiero ser parte de su enigma y porque no puedo aislar las feromonas de Bastet. Revele su destreza, Carpintero, preciso arriesgar el olfato en su portón y demostrar, a ella, que mi visión comprende los periodos que la alumbran.

ILUSTRACIÓN: NICOLE PONCE

Historias Mininas I *(Tras el estornudo del León)*

De las fieras amansadas, el gato es quien conserva la mayor independencia. Jamás se encuentra del todo sometido.

(Texto arrebatado de las Crónicas de Pett)

«Que el patriarca, todo un antediluviano, y primer celestinesco, olvidase que entre sus tripulantes, los roedores serían los pioneros del atraco, fue sin duda una falta de seso, o, quien sabe si no, alcahuetería.

Que el patriarca, aún con cientos de años por delante, y por lo leído, corta experiencia, no haya consultado a su patrón, sobre las faltas en la despensa, y desesperase, fue sin duda, una cuestión de timidez.

Mas, el patriarca, cuando todas las parejas mostraban su descontento por la tragonería ratonil; le tocó escuchar a su propia especie, y quiera o no, tuvo que ceder, rogó.

Así, pidiendo a su patrono la disolución del sindicato, la partida de animales, la respuesta a su problema, escuchó que un animal de gran melena formaba un nuevo alboroto sobre la proa techada. Al acercársele, y examinar las contorsiones que el hocico del león trataba de domar, le sorprendió el vigor de un piloso estornudo de la fiera, que lo hizo tocar de súbito cubierta, mientras dos bichos desconocidos se le despegaban de encima y olisqueaban el arca sin vergüenza alguna. Dan las narices del león un par de gatos repentinos, que así se llamarán, sentencia el viejo, que acierta a comprender el presente; y los ratones, plenos de terror, dejaban la despensa en paz y preferían morir como los peces.»

Diana, cazadora y jaranera, tañía esa canción para su hermano.

Y pasando por un siglo, Napoleón podrá insistir en que «de lo sublime a lo ridículo solamente un paso hay», pero basta recordar que a

él no le cautivaban los maullidos, a lo mucho sus queridas y uno que otro aliado.

Lo que me lleva a recordar continuamente que mi Dama, el Mandamás, y usted, Infanta, disfrutaban más la compañía de los canes.

Historias Mininas II *(La pelusa de los persas)*

Aprendo en ciudad de Tineh

De las majestades que pidieron fermentar la leche de las cabras

Y han vaciado sin dudar la vasija

Pompa sobre púa

Contumaces ideas y algún sucesor

Cosas de oráculo y empirismo, no se crean

Si bien, cuando el que no fue Grande precedió al tachado Cambises, y éste engendró un segundo Ciro, del cual brotó su propio Cambises, y con este persa su imperio anexó a Egipto, y respire, con la simple maña de atar gatos en las botas de los guerreros, no pareciera, entonces, mala recomendación, añejar bien la lactosa

De tanto pensarla, yo también tengo mi cabeza hecha una de felino, aunque ante mí, aquella tropa raída del Kem se postraría un tanto reticente.

Precisaría más de un qab para llenar aquella jarra de sinsentidos

Arrancar el palmo de pelusa arraigado en la pupila de mi frente

Sorber de la paciencia del yogur y mascar del lúpulo su aroma

En una batalla donde el genio acurruca en tus faldas la humareda

Y la sutileza de los alegatos se galardona con sandalias.

Historias Mininas III

(Las fauces relamiéndose los dedos)

«...me olvidé un poco de mí mismo y se atenuó mi locura. Luego desperté en tus brazos y te vi de otra manera infinito. Esta visión ya no procedía de mi carne.»»

(Jirón arrancado de las Confesiones de San Agustín, varón abrasado en el perpetuo de su talante exhaustivo)

El contrabando se oye semejante al contrabajo
Los dueños de cualquier historia
Poseen pelos en pecho y colmillo
Muchos, corbata; mira si les da por parecer sofisticados

Primero urgió cavar un puerto
Los fenicios dispersaron el alfabeto por el plano.
Luego elegir un paladín

Gatos de incógnito en la borda, trofeos de guerra

Del coliseo a Britannia

Ser una isla, un boquete en la alforja

Titulares de bitácora: Sembríos atacados. Empalar los costes

Tributarás con cereales, la longitud del vertebrado,
el viento en la tonsura

Antipoesía perenne, nuevo milenio, pamplinas y menciones a la ostia
Un Mandamás de Arimatea. Él cree, fervoroso y fugitivo,

que el Imperio es una embarcación de boletines asoleados.

El pez vencerá, y por la boca muere

La vida es un rato que ocurre por detrás del adelante

Mientras, sonará una elegía al caballo tártaro
Y el moscardón multiplicará sus larvas
En la plenitud de un milagro conferido
Donde hallé al respirar tu explicación
Porque hubo un modo en que cuanto nos rodea
Como trotes tirándonos de cada extremidad
Pudo ser descuartizado ellos
Y no
Los condenados.